

Después, como la nube que vacila  
 Con encontrados vientos en la altura,  
 Se inclinaba su amor a confesarme,  
 Y sólo pudo, al sucumbir, dejarme  
 En prendas de ese amor su sepultura!

En ella un ave de plumaje pardo  
 Viene a posarse hendiendo la neblina,  
 Y ensaya un canto doloroso y tardo  
 Cuando la obscura noche se avecina.  
 No lejos, una flor su aroma exhala,  
 Y el ave triste, al desplegar el ala  
 Para seguir su interrumpido vuelo,  
 A mi oído parece que murmura:  
 «¿Por qué no elevas, de esa flor tan pura  
 Con el perfume, tu mirada al cielo?»

1850.

## VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

---

 (1513—1517)
 

---





VASCO NÚÑEZ DE BALBOA.

«Qué pocas veces el hado  
Que dice desdichas miente,  
Pues es tan cierto en los males  
Cuanto dudoso en los bienes!»

CALDERÓN DE LA BARCA.

«La Vida es Sueño.»

I.

¡Oh Mar del Sud que en sueños siempre veo,  
Aunque a pisar llegué jamás tu orilla!  
Cuando elevas tu voz, hácenme oilla  
Desde aquí mi ilusión y mi deseo.

Cantando estás al ínclito Europeo  
Descubridor de tu onda que al sol brilla,  
Y el primero en sulcarla en frágil quilla  
Con tu enojo luchando nuevo Anteo.

Y si segar en flor lograron fieras  
Bajeza y ambición y envidia extrañas  
La vida que tú mismo le consientes,



Ora duermas tranquilo en tus riberas,  
Ora el Olimpo asaltes, sus hazañas  
Te oyen narrar atónitas las gentes.

## II.

Ya las nocturnas sombras han subido  
A la cumbre más alta de los Andes  
Que erizan el Darién, y allí sus grandes  
Alas el cóndor pliega adormecido.  
De los negros pinares sale a veces  
Con el rumor del ábrego el aullido  
Del lobo americano. En la meseta  
Más cercana a la cumbre, en torno al fuego  
De agonizante hoguera, grupo humano,  
Barbado el rostro, la mirada inquieta,  
La espada al cinto, el arcabuz a mano,  
Vela o descansa. El Jefe en pie se pone,  
Alto, membrudo, joven todavía;  
Rojo el cabello, reposado el aire  
Y benévolo al par, y en labio y frente  
El valor, la constancia, la energía  
Y el don de mando: a la callada gente  
Dice: «Al punto a dormir, que con el alba  
La cima escalaremos.» Y obediente  
La turba de guerreros se recoge  
Bajo sus toscas mantas; y así agrega  
El Jefe, cual consigo hablando: «Alcance

A ver el nuevo ponto, y de mis días  
Dispón, Dios de mis padres!»—«Aún te aguardan  
Vida, combates, gloria, exclama un viejo  
Que le acompaña siempre, Micer Codro,  
El italiano astrólogo. ¿Descubres  
Junto a Sirio esa estrella que hacia el Norte  
Brilla con viva luz? Cuando, tras larga  
Revolución, llegare a inverso punto,  
Tendrás, si no me engaña la alta ciencia,  
En peligro la vida; mas no antes  
Ni después, si salvaras.» A su acento,  
Recostado allí cerca, oído atento  
Presta, al viejo y al Jefe de hito en hito  
Viendo, ya con sorpresa, ya con odio,  
Aunque disimulado, Garabito.

## III

Duermen ya todos. La ardorosa mente  
De Vasco Núñez no descansa empero,  
Y los varios sucesos de su vida  
Con claridad le representa el sueño.  
Pobre el hogar, aunque en blasones rico,  
En que nació en Jerez miró primero:  
Las ondas del Atlántico que surca  
Viniendo con Bastida al Mundo Nuevo:  
Las erizadas costas do más tarde  
Cartagena ofreció seguro puerto:



La Española gentil do en Salvatierra  
 Hacienda de labor fundando luego,  
 Halló desalentado y temeroso  
 Ser mayores sus deudas que sus medros:  
 De la turba fatal de acreedores  
 La dureza, la injuria y el apremio:  
 El congojoso afán con que los huye  
 Pasando en un tonel, cual vino añejo,  
 A las naves de Enciso que partían  
 Hacia el Sur: la sorpresa, el descontento,  
 La ira del Bachiller cuando en mar alta  
 Aquejado de sed, beber queriendo,  
 Ve salir del tonel, en vez de vino,  
 Al confuso entumido caballero.  
 Manso y razonador le aplaca éste,  
 Y útil le fué más tarde su consejo  
 Cuando en San Sebastián —nueva colonia  
 Que se debió de Ojeda al noble esfuerzo—  
 La expedición del Bachiller hallóse  
 Sin derrota, ni víveres, ni aliento.  
 «Yo conozco el Darién, Vasco les dijo,  
 Pues le ví con Bastida: en él tendremos  
 No sólo pan, mas oro en abundancia;  
 Os serviré de guía: vamos presto.»  
 Siguenle todos: en combates rudos  
 Con el salvaje audaz que unge en venenos  
 El pedernal de sus temidas flechas  
 Y a quien el español lanza sus perros,  
 Vencieron a Zemaco, el gran cacique  
 Del territorio de Darién, poniendo

A la villa que fué Santa María  
 Entre los bosques lóbregos cimienta.  
 Se alza allí con el mando Vasco Núñez;  
 Pero de Enciso al par deja en el seno  
 La semilla del odio que más tarde  
 Trájole en fruto angustias y tropiezos.

## IV

Capitán general es ya, y domina  
 A émulos y enemigos. Va sediento  
 De oro, a buscarle en Coyba: su cacique  
 A dos exploradores europeos  
 Dando hospitalidad, mostró provistos  
 En su casa y la tribu los graneros:  
 Vienen ingratos ambos ante Vasco  
 Y del indio denuncian el secreto.  
 Recibe a Vasco Núñez y su hueste  
 Con amistad, regalos y festejos;  
 Pero se niega a darles provisiones  
 Pretextando lo malo de los tiempos.  
 Vasco del pueblo retirarse finge;  
 Mas vuelve a media noche y en silencio  
 Y al indio, a sus mujeres y a sus hijos  
 Sorprende en su mansión y pone presos.  
 Extraídos mirando sus tesoros,  
 De ira y duelo el cacique llora a un tiempo;  
 Mas trae a la más joven de sus hijas,